

disposiciones, desde el punto de vista de los aliados, que recibieron un pronto y universal asentimiento. Por virtud de ellas consolidó lord Castlereagh su influencia personal, y sobre todo la influencia de su país en la coalición europea. Así escribió a su gabinete que sin duda este conjunto de acuerdos costaría caro a Inglaterra, si bien estaba seguro de que se aprobaría su conducta, pues tratándose de tomar o dejar escapar el primer papel, se había apresurado a tomarlo, por mucho que a la hacienda británica pudiera costar su desempeño. Bien cierto se debía hallar de no quedar desairado, cualquiera que fuese la suma de millones prometida. Inglaterra siempre ha sabido pagar su grandeza, y en su valor se ha equivocado muy raras veces.

Inmediatamente después de acordadas estas medidas, se envió orden a los plenipotenciarios de los cuatro gabinetes, para significar a Mr. de Caulaincourt que se aguardaba la respuesta de Francia; que si no le acomodaban los preliminares propuestos, no tenía más que presentar otros; que se examinarían con espíritu de conciliación, a tal de que no se apartaran sensiblemente de los principios establecidos; pero que al cabo de cierto plazo, el congreso de Chatillon se declararía disuelto, y toda negociación quedaría definitivamente abandonada.

Apenas Blücher y sus consejeros Gneisenau, Muffling y otros supieron la resolución adoptada de dejarles libres y de reforzarles con cincuenta mil hombres, de nuevo concibieron la ambición, que ya les había sido fonesta, de entrar en París los primeros. Ni aun casi examinaron si, antes de em-

prender este nuevo movimiento ofensivo, sería mejor aguardar la incorporación de los cincuenta mil hombres que les estaban destinados, y al punto abrazaron el partido de ir adelante, si bien declinando ligeramente hacia la derecha, esto es, dirigiéndose a la parte del Marne, por donde se debían atraer más pronto a Bulow y a Wintzingerode, que estaban en marcha, el uno hacia Soissons, y el otro hacia Reims. En su febril impaciencia preferían unirselos al paso, por mucho peligro que ofreciera su marcha aislada, a esperarlos cerca del príncipe de Schwarzenberg, donde los ejércitos de Silesia y Bohemia se podían prestar mutua ayuda. A la verdad se decían que de este modo atraerían a Napoleón sobre ellos y dejarían al príncipe de Schwarzenberg desembarazado, pero no añadían que a riesgo de comprometerse mucho al librar al otro. Además, de resultas de haber visto correr algunas tropas ligeras sobre su flanco, trasladándose hacia el Marne esperaban encontrar quizá a los mariscales Marmont y Mortier aislados de Napoleón, y lograr así coyuntura de vengarse de sus recientes descabros. Pero omitían la circunstancia de que los movimientos de los cuerpos franceses estaban calculados de otro modo que los de los cuerpos aliados, y de que no daban el mismo pie a los azares de la guerra.

De todos modos, el día 21 de febrero, Blücher, que había llegado hasta Mery, volvió a pasar el Aube por Anglure, y se puso en marcha sobre Sezanne. Sintiendo confusamente el peligro de esta marcha hizo decir al príncipe de Schwarzenberg que, por proporcionarle holgura, se iba a exponer a muchos peligros, por lo cual le rogaba

con instancia que, tan luego como se viera libre de la presencia de Napoleon, se trasladara adelante para prestar al ejército de Silesia el servicio que iba á recibir el de Bohemia.

Anteriormente se ha visto cuál era la posición de los mariscales Marmont y Mortier, mientras Napoleon revolvía del Marne al Sena para dar los combates de Nangis y de Montereau. El mariscal Mortier, enviado detrás de York y de Sacken sobre Soissons, no pudo dar alcance á estos generales que se escondieron á la vista y se salvaron por la derecha y sobre Chalons, pero recuperó á Soissons, caído por un momento en poder de los aliados. A tenor de la orden de Napoleon, que le toruaba á llamar sobre el Marne, retrocedió á Chateau-Thierry y aquí se hallaba el mismo día en que Blucher comenzaba á ejecutar sus nuevos planes. Respecto del mariscal Marmont, situado entre Montmirail y Etoges, de manera de enlazarse por un lado al mariscal Mortier sobre el Marne, y por otro á Napoleon sobre el Aube, ocupó sucesivamente á Etoges, Montmirail y Sezanne. Habiendo visto á Blucher pasar el Aube por Anglure el 24, y revolver sobre Sezanne el 25, replegóse en buen orden á Esternay detrás del Gran-Morin, despues de matar algunos hombres al enemigo, sin perder de los suyos. No tenia que andar en vacilaciones acerca de la conducta mas conveniente; separado de Napoleon de resultas del movimiento de Blucher, le tocaba replegarse hácia el Marne, unirse allí al mariscal Mortier, y disputar en su compañía el terreno palmo á palmo, hasta que Napoleon pudiera llegar en su ayuda. De consiguiente envió á decir á Mortier, situado en Chateau-Thierry, que

se encaminara á Ferté-sous-Jouarre, á la par que se dirigía al mismo punto; y enteró á Napoleon de todo, no sin rogarle que acudiera lo mas pronto posible.

Como Blucher tornara á su persecucion el 26 por la mañana, Marmont continuó su movimiento retrógrado hácia Ferté-Gaucher, y tirando luego sobre el Marne, tomó el camino de Ferté-sous-Jouarre. Blucher le siguió como la vispera sin poderle dar alcance, y al ver que marchaba en dirección de Ferté-sous-Jouarre, en lugar de ir hácia Meaux, le asaltaron diversas dudas. No comprendió que al dirigirse Marmont á Ferté-sous-Jouarre con preferencia á Meaux, lo cual le alejaba de Paris, algun motivo debia tener para obrar de esta suerte, y no podia ser otro que el de juntarse á Mortier mas pronto; que dejando así la ventaja de su union á los dos mariscales, y no pudiendo ya estorbarla, á lo menos convenia cortarles de Paris, y correr á Meaux para conseguirlo. No se le ocurrió esta reflexion tan obvia, y aun llegado á Jouarre muy temprano, y pudiendo ocupar á Meaux antes de la noche, malgastó la tarde en brujulear lo que no adivinaba su mente bajo el pretesto, tan comun entre los generales que no conocen el valor del tiempo, de dar un descanso necesario á sus tropas.

Alcanzándosele al cabo el 27 de febrero que los dos mariscales, ya juntos en Ferté-sous-Jouarre, debian tener grande anhelo en ganar á Meaux, para estar sobre el camino de Paris de nuevo, dirigió á Sacken sobre aquella ciudad, y empujó á Kleist por delante y en derechura sobre Sammeron, para cruzar por allí el Marne, empleando un tren de

puente que llevaba consigo. Además de la razón de interceptar el camino de París por las dos márgenes del Marne, le asistía la de cruzarlo con el grueso de sus fuerzas, y cubrirse con este río, para el caso muy probable de que Napoleón dejara el ejército de Bohemia para venir sobre el de Silesia.

Pero los dos mariscales franceses, estaban más alerta que Blücher, y cuando este apenas había determinado sus resoluciones el 27 por la mañana, ya aquellos se hallaban en plena marcha sobre Meaux, á fin de tornar á establecer sus comunicaciones con París, que la necesidad urgente de operar su unión les hizo descuidar por un instante. Después de sus fatigas y sus pérdidas no contaban entre los dos más que catorce mil hombres, aunque de calidad excelente, pero eran muy pocos para abrirse paso por medio de un ejército de cincuenta mil enemigos, á quienes podían hallar sobre el camino de Meaux. Por fortuna procedieron al logro de su designio con tanta habilidad como presteza.

Entre Ferté-sous-Jouarre y Meaux describe el Marne una porción de recodos, á los cuales toca el borde del camino de París á semejanza de una tangente tocando á muchos círculos uno tras otro. Junto á Trilport el tal camino halla uno de dichos recodos, atraviesa el Marne y va á parar á Meaux en derechura. Para llegar al puente de Trilport, ocuparlo, cruzar el Marne, y apoderarse de Meaux, se pusieron en movimiento los dos mariscales antes de la aurora. Deseosos también de ocupar el camino de París á la orilla derecha del Marne, allí hicieron pasar al general Vincent por el puente de

Ferté-sous-Jouarre, ordenándole que se fuera á situar detrás del Ourcq, que en las cercanías de Lizy, sin juntarse al Marne, se le acerca mucho, y forma con él una línea de defensa casi no interrumpida. Ya establecidos así detrás del Marne y de Ourcq, con la derecha en Meaux y la izquierda en Lizy, podían contener al enemigo durante tres ó cuatro días, recibir en el intermedio algunos refuerzos de París, y aguardar sin grande peligro la llegada de Napoleón, que no dejaría de volar en su ayuda tan luego como conociera su situación apurada.

Estas excelentes disposiciones fueron tan bien ejecutadas como concebidas. Antes de que Blücher echara de ver su movimiento el 27 por la mañana, deslizándose, por decirlo así, los dos mariscales entre el enemigo y el Marne por el camino de la orilla izquierda, tangente á los diversos recodos de este río, lo cruzaron por el puente de Trilport, dejaron á la división de Ricard para defender este puente, y se trasladaron á Meaux. A la par que, ya cruzado el Marne llegaba el mariscal Marmont á esta ciudad por la orilla derecha, el general Sacken llegaba por la orilla izquierda, y aun ya habían entrado algunos destacamentos rusos por la parte del Mediodía, cuando sobre ellos cayó el mariscal á la cabeza de doscientos hombres, rechazólos, y cerró detrás de ellos las puertas. En el mismo instante, después de pasar el Marne por Ferté-sous-Jouarre, el general Vincent tomaba posición junto á Lizy detrás del Ourcq.

Así no más que con catorce mil hombres se libraron de cincuenta mil los dos mariscales, y Blücher, que debió copar al uno ó al otro, pasaba por

la confusion de verlos establecidos detras del Marne y del Ourcq ya sanos y salvos; y de peligrosa que era la posicion para los caudillos franceses, lo iba á ser para el mariscal prusiano desde ahora. Terminado este movimiento el 27 de febrero, los dos mariscales renovaron á Napoleon el parte de lo acontecido, y á José la demanda de todos los recursos que de Paris les pudieran ser enviados. Con efecto, se trataba de salvar á la capital de nuevo, y de ningun modo se podian emplear mas provechosamente sus recursos que enviándolos á Meaux sin demora.

Enterado Napoleon desde el dia 25 del movimiento de Blücher sobre el Marne, y muy al cabo del carácter presuntuoso de este gefe, no dudaba que iba á cometer imprudencias, y se disponia á hacérselas pagar muy caras (1). Sin perder instan-

(1) Ignorando el duque de Ragusa las razones de Napoleon como siempre, y juzgándole muy de ligero, le acusa de no haber partido hasta el 27, siendo asi que ya le dio parte del movimiento de Blücher el 24, y supone que si operara dos dias antes, la ruina del ejército de Silesia fuera segura. La correspondencia epistolar responde perentoriamente á este cargo. El parte del movimiento de Blücher, despachado el 24 desde Sezanne, no llegó á manos de Napoleon hasta el 25, y este mismo dia hizo partir á Victor de Mery á Plancy, á Ney de Troyes á Aubeterre. No hubo, pues, de pérdida, ni una hora. Cuando el 26 fué la intencion de Blücher bien clara, Napoleon continuó este movimiento, y no partió hasta el 27 en persona, porque debió dar tiempo de marchar á sus soldados. Habiéndole llegado el parte el 25, dos dias despues ya estaban sus tropas en Herbisse mas allá del Aube. No cabia en lo posible obrar con mas presteza, y sabiéndose cuánta seguridad de juicio, cuanto vigor de carácter se necesitan para tomar resoluciones de pronto, sobre todo, en

te ordenó el mariscal Victor, establecido entre Troyes y Mery, que reparara el puente de este punto sobre el Sena, y se encaminara á Plancy para pasar por allí el Aube. Al mariscal le previno que dejara á Troyes, y se dirigiera sobre Aubeterre, para cruzar el Aube por Arcis. Su resolucion consistia en salir de Troyes á las calladas con treinta y cuatro ó treinta y cinco mil hombres, dejando delante de la ciudad poco mas ó menos otros tantos, y en caer á espaldas de Blücher, para arinconarle contra el Marne, donde los mariscales Marmont y Mortier le recibirian con las puntas de las bayonetas.

Habiéndose confirmado los primeros rumores el 26 por la mañana, mandó partir de Troyes al resto de la Guardia, y resolvió hacerlo en persona al dia siguiente por la mañana, para dirigir este nuevo movimiento, que podia terminar la guerra, si le salia á gusto.

Al tomar esta resolucion convenia dejar delante de Troyes fuerzas capaces de imponer al príncipe de Schwarzenberg. Napoleon confió á los mariscales Oudinot y Macdonald, y al general Gerard el cuidado de defender el Aube, ocultando su ausencia lo mas posible. Además de la division de tropas que se le destinó para cubrir esta posicion tan grave como la de Napoleon al presente, posicion en que le debia perder el primer movimiento en falso, no se puede admirar lo bastante la precision y el vigor de carácter de un capitán que, á la hora de recibir un parte pone en marcha sus tropas, y no se queda atrás sino para ocultar por mas tiempo sus proyectos al enemigo, y para expedir, interin caminan sus tropas, órdenes que abarcan á la vez la direccion de todos los ejércitos y el gobierno de un vasto imperio.

Rothemburgo de la Joven Guardia tenia el mariscal Oudinot la division de Leval traída de España, la mitad de la division de Boyer de igual procedencia, y la caballería del conde de Valmy; el mariscal Macdonald tenia el undécimo cuerpo con la caballería de Milhaud; el general Gerard tenia el segundo cuerpo refundido con la reserva de Paris y los coraceros de Saint-Germain; en totalidad formaban una masa de poco mas de treinta mil hombres. Napoleon les mandó que repelleran á los puestos enemigos mas allá del Aube, y que ocuparan fuertemente el curso de este rio por mas arriba y por mas abajo de Bar-sur-Aube. Especialmente les recomendó que despues de su partida hicieran gritar *viva el emperador*, á fin de que no se dudase de su presencia.

Consigo llevó Napoleon al mariscal Victor á la cabeza de las divisiones de Joven Guardia de Boyer y de Charpentier; á Ney con las divisiones de Joven Guardia de Meunier y de Curial; y á la segunda brigada de la division de Boyer procedente de España; á Friant con la Vieja Guardia; á Drouot con la reserva de artillería; y, finalmente, á nueve ó diez mil hombres de caballería, ora de la Guardia, ora de los dragones de España, elevándose en totalidad, segun acabamos de decirlo, á treinta y cinco mil hombres. De resultas de su union á los mariscales Marmont y Mortier debia juntar muy cerca de cincuenta mil combatientes.

Segun su costumbre, antes de salir de Troyes adoptó diversas providencias relativas á la administracion militar y á la política. La conscripción que, en lugar de los seiscientos mil hombres decretados, solo habia dado ciento veinte mil por

de pronto, ya no producía ninguno. Con efecto, se aprovechaba el hondo quebranto sufrido por la autoridad imperial para no obedecer una ley universalmente detestada. Ya no llegaban á Paris, ni mil conscritos, de los cuatro ó cinco mil que hasta entonces habian llegado por dia, y á los cuales se hacia ingresar presurosamente en los cuadros de la tropa de linea ó de la Guardia. Al revés en los departamentos atravesados por el enemigo, la exasperacion patriótica llegaba á colmo, y de allí se podian sacar reclutas de buena voluntad y en número no escaso. Napoleon decretó una especie de abstamieto en masa en los territorios invadidos, bajo pretexto de llamar allí á la defensa del pais á los guardias nacionales, y no queriendo dejar en sus cuadros de exiguo valor á los alistados, les hizo ingresar en los regimientos de linea, con promesa de licenciarlos así que el enemigo fuera arrojado mas allá de las fronteras. Además reiteró la recomendacion apremiante de que lo enviaran viveres á Nogent por el Sena, y un tren de puente, sin el cual todos sus movimientos ofrecieran las mismas dificultades que en pais extranjero. A estas ordenes añadió la exhortacion dirigida á menudo á su esposa, á su hermano José, al archicanciller Cambacères, y al ministro de la Guerra, de no tener miedo, con especialidad de no aparentarlo, de ejecutar pronta y exactamente sus instrucciones, *de dejarle hacer*, segun solia decirlo, prometiéndole precipitar muy luego á la coalicion sobre el Rhin, si se le daba apoyo.

Los comisionados para el armisticio, congregados en Lusigny desde el 24 de febrero, no habian cesado de disputar acerca del limite que se

pararía a los ejércitos beligerantes. Al partir Napoleón encargó a Mr. de Flahaut que continuara los parlamentos y aun que cediera en diversos puntos, con tal de que la plaza de Amberes y la ciudad de Chambery le tocaran en la línea divisoria. Por más que nada esperara de estos parlamentos, no se quería cerrar niaguna vía de negociaciones. Mr. de Caulaincourt le aconsejaba que renunciara a parte de las bases de Francfort de continuo, y le pedía un contraproyecto que los plenipotenciarios de Chatillon reclamaban con instancia, a tenor de las órdenes procedentes de Chaumont; y al fin Napoleón dictó una respuesta para estos plenipotenciarios. Mr. de Caulaincourt debía decir que en el cuartel general se formaba el contraproyecto apetecido; pero que en medio de movimientos militares tan multiplicados, no podía sorprender que el emperador de los franceses, jefe del gobierno a la par que de las tropas, no hubiera tenido tiempo de acabar semejante trabajo. Entretanto debía declarar que, siendo el proyecto presentado en Chatillon, no un tratado de paz, sino una capitulación, no se aceptaría nunca; que por interés general debía conservar Francia su antigua situación en Europa; que para esto necesitaba recibir el equivalente de las extensiones de territorio adquiridas por Prusia, Rusia y Austria, á expensas de Polonia; por Alemania á expensas de los Estados eclesiásticos; por Austria á expensas de Venecia; por Inglaterra á expensas de los holandeses y de los príncipes de la India; que Francia, de consiguiente, se debía extender más allá de las fronteras de 1790; que además no consentiría nunca que se dispusiera de los Estados por ella cedidos sin

intervención suya. De esta suerte indicaba Napoleón sobre qué bases se proponía seguir las negociaciones, bien que sin explicarse con exactitud acerca de las fronteras que pretendía conservar en adelante, lo cual se reservaba para después de nuevos triunfos enteramente decisivos. Al duque de Vicenza le recomendó que hiciera creer siempre que permanecía en Troyes, ocupado en allegar recursos, y en preparar un proyecto de tratado en respuesta al de Chatillon. A mayor abundamiento quiso que las proposiciones allí hechas fueran examinadas por el consejo de regencia, compuesto de los grandes dignatarios y de los ministros, para que emitieran su voto, lisonjeándose de que el sentimiento de la indignación animaría a todos los miembros de dicho consejo.

Tras de despachar tan diversos y graves negocios, partió Napoleón de Troyes muy sigilosamente el 27 de febrero por la mañana. cruzó el Aube por Arcis, y siguiendo a sus columnas de cerca fue a pernoctar á Herbisse, á casa de un pobre cura del campo, que no le podía ofrecer para sí y para su estado mayor más que una modesta casa, si bien la ofreció cordialmente. Después de una cena frugal y alegre, todos pasaron la noche sobre sillas, mesas ó paja, contando con que esta nueva carrera sobre la espalda de Blucher sería tan fructuosa como la precedente. Todo lo hacía esperar así, y Napoleón se lo podía prometer sin jactancia.

Al día siguiente 28 de febrero continuó su marcha. A su elección tenía dos partidos, el de seguir á Blucher por Sezanne y Ferté-sous-Jouarre sobre Meaux, ó el de trasladarse por Fère-Champenoise á Chateau-Thierry en derechura. Adoptando este

último rumbo lograba la ventaja de situarse sobre las mas importantes comunicaciones de Blücher, de manera de cortarle á la vez de Soissons y de Chalons, y de separarle de Bulow y de Wintzingerode. Pero esta manera de operar ofrecia mas de un peligro, dejando á los mariscales Marmont y Mortier demasiado tiempo empeñados con Blücher delante de Meaux, entregándole el principal camino de París, y, finalmente, facilitándole una línea de retirada de no menos valor que la de Chalons ó Soissons; como la de Meaux á Provins, que le permitiria replegarse hácia el príncipe de Schwarzenberg en caso de peligro. De consiguiente, el partido mas seguro era seguir sencillamente á Blücher por Sezanne, Ferte-Gaucher y Ferte-sous-Jouarre; ya para quitarle el camino real de París, ya para socorrer mas pronto á los dos mariscales, ya, en fin, para tratarle de un modo semejante al que se le hizo sufrir en Montmirail, y en Champaubert; porque, si pretendia ganar el Sena para juntarse al príncipe de Schwarzenberg, se le tomaria á la delantera; y si se queria refugiar detrás del Marne, se le seguiria y encerraria entre este rio y el Aisne, sin dejarle ningun escape, estando tomadas todas las precauciones para la conservacion de Soissons. Asi Napoleon, al ejecutar una manobra atrevida, escogió la direccion mas segura; porque poseia el arte supremo de conservar en la audacia la circunspeccion que la quitaba el carácter de imprudencia, y de ser osado y sesudo en suma. Por desgracia solo en la guerra sabia hermanar cosas tan contrarias.

Con sus treinta y cinco mil hombres marchó, pues, por Sezanne hácia Ferte-Gaucher y Ferte-

sous-Jouarre el 28 por la mañana. Por mucha diligencia que aplicó á trasponer estas distancias, no pudo llegar á Ferte-Gaucher en el curso del dia, y pasó entre Sezanne y este punto la noche. A Jouarre fué á dormir el 1.º de marzo, y el 2 llegó á Ferte-sous-Jouarre muy de madrugada. Durante la marcha de Napoleon sobre el Marne, Blücher, que acabó por entrever el peligro de la posición suya, no acreditó para eludirlo la celeridad que aconsejaba la prudencia mas obvia. Ante todo quiso poner de por medio el Marne, y lo pasó por Ferte-sous-Jouarre, de cuyo punto habia quedado dueño desde la retirada de Marmont y de Mortier; destruyó el puente de esta ciudad, y vino á establecerse á lo largo del Ourcq, para probar á forzar la posición de los dos mariscales; mientras Napoleon, retenido por el Marne, no pudiera estorbarlo. Grande imprudencia sin duda, porque el Marne no podia detener á Napoleon mas de treinta y seis horas, y si por tentativas infructuosas se retardaba á orillas del Ourcq, se exponia á ser cogido de revés y acorralado entre el Marne y el Aisne en un verdadero callejon sin salida. Con efecto, asi habian pasado las cosas, y mientras Napoleon se adelantaba presurosamente, Blücher perdía el tiempo en esfuerzos vanos contra la línea del Ourcq. Mas allá de este rio aspiró á llevar el cuerpo de Kleist, mas cayendo encima de este Marmont y Mortier, le obligaron á pasarlo de nuevo con pérdida considerable. A la par que los dos mariscales mantenian su posición de este modo, les enviaba José de refuerzo hasta siete mil infantes y mil quinientos ginetes así de línea como de la Guardia. Estas tropas se les incorporaron el 4.º de

marzo, y viendo llegar el 2.º á Napoleon sobre el Marne, se aprestaron á obrar á tenor de sus instrucciones.

Situado Blücher mas allá del Marne y á lo largo del Ourcq, sin poder forzar su paso, se hallaba entre los dos mariscales, que defendían el Ourcq, y Napoleon, que se preparaba á cruzar el Marne. Razones tenía para darse prisa, porque el peligro iba arreciando por momentos. Sin embargo, obstinose y perdió todo el día 2.º en tantear la línea del Ourcq, para ver de batir á los dos mariscales á la vista del mismo Napoleon, detenido por el obstáculo del Marne. Habiendo encontrado en todos los puntos del Ourcq una pertinaz resistencia, al fin abrazó el partido de levantar el campo el 3.º por la mañana, para aproximarse al Aisne, y unirse ó á Bulow, que llegaba por Soissons, ó á Wintzingerode, que llegaba por Reims. Pero se iba á encontrar entre el Marne, que Napoleon cruzaría muy pronto, y el Aisne sobre el cual no tenía á su alcance mas que el puente de Soissons de que éramos señores; además el pais que debía atravesar entre estos dos rios era muy pantanoso, y estaba casi impracticable de resultas de un súbito deshielo. Su situación se resentía, pues, de muy alarmante, gracias á su imprudencia y á los profundos cálculos de su contrario.

En esto, llegado Napoleon á orillas del Marne, ardía en deseos de cruzarlo. Allí valiose de los auxilios de la Guardia, y á fuerza de actividad logró restablecer el paso durante la noche del 2.º al 3.º de marzo. Cuantas noticias recogía á cada paso contribuían á excitar su impaciencia en grado sumo. Todos los aldeanos procedentes de la otra ribera de Bulow y de Wintzingerode, lo cual le patentizaba

bera del Marne, llenos de celo como todos los que habian visto de cerca al enemigo, pintaban con los mas tristes colores el estado del ejército prusiano. Efectivamente, bajo el peso de la memoria de Montmirail, de Chateau-Thierry, de Vauchamp, y sabiendo que le perseguia Napoleon en persona, se recelaba un desastre. Con el estado de los caminos hondamente encharcados se le aumentaban las inquietudes, y por lo menos se veria condenado á abandonar sus cañones y sus bagajes, tan luego como la débil barrera que le separaba de Napoleon quedase salvada. Para éste habia en todo una razon de no perder tiempo; y no lo perdía segun su costumbre. Otra razon para darse prisa emanaba de las noticias procedentes de los alrededores de Troyes. De allí se le anunciaba que, habiendo penetrado el principe de Schwarzenberg el secreto de su partida, volvía á tomar la ofensiva, y empujaba de nuevo sobre Troyes y Nogent á los mariscales dejados en custodia del Aube. Aun imponiéndole esta circunstancia la obligacion de acelerar su movimiento, le inquietaba poco, por estar seguro de que, apenas acabara con el ejército de Silesia, le seria facil revolver sobre el ejército de Bohemia, y forzarle á hacerse atrás mas de prisa que hubiera venido adelante. De pronto, á la vista de los movimientos complicados de sus enemigos, concibió Napoleon un gran pensamiento militar, cuyas resultas podian ser inmensas. Lo de arrojarse inmediatamente sobre Schwarzenberg, despues de batir á Blücher, le pareció táctica muy fatigosa y con especialidad poco decisiva, y así imaginó otra. Se le anunciaba la llegada en línea de los cuerpos de Bulow y de Wintzingerode, lo cual le patentizaba

zaba que los aliados descuidaban, singularmente el bloqueo de las plazas, y que para embestirlas dejaban fuerzas tan despreciables por el número como por la calidad que de sería posible sacar partido contra ellos de las guarniciones, puesto que se servían de las tropas de bloqueo en su contra, y aprovechaban así las que llamaba en su lenguaje profundamente expresivo *fuerzas muertas*. De consiguiente, resolvió movilizar cuantas fuerzas disponibles había dentro de las plazas, y hacerlas salir de su recinto para componer un ejército activo, cuyo papel sería quizá muy importante. En las fortalezas de Bélgica, de Luxemburgo, de Lorena, de Alsacia, se habían metido conscriptos que, colocados en viejos cuadros, ya debían haber adquirido cierta instrucción al cabo de dos meses y medio que iban de campaña. Batiéndose con conscriptos que solo llevaban dos semanas de ejercicio al menudo, bien podía esperar Napoleón que fueran soldados hechos, los incorporados ya hacia más de dos meses. Admitidos estos datos de Lila, de Amberes, de Ostende, de Gorcum, de Berg-op-Zoom, le era fácil sacar cerca de veinte mil hombres, ó quince mil lo menos. Mas del doble se debían reunir de las plazas de Luxemburgo, Metz, Verdun, Thionville, Maguncia, Estrasburgo, etc. Por tanto, si después de poner á Blücher fuera de juego con cincuenta mil hombres allegados, Napoleón otros cincuenta mil al trasladarse por Soissons, Laon y Reims sobre Verdun, y Nancy, se hallaría con cien mil soldados á espaldas del príncipe de Schwarzenberg, y de positivo no aguardaría este al tanto para retroceder de París á Besançon. A la primera sospecha de tal proyecto, el ge-
 neralísimo de la coalición desandaría camino, perseguido por el exasperado paisanaje de Borgoña, de Champaña y de Lorena, que, abatido por la rapidez de la invasión al punto, muy luego despertarse en su corazón con todo empuje el amor de la patria. Así llegaría medido vencido para terminar bajo los golpes de Napoleón del todo. Este plan osado era muy realizable, porque existía el número de hombres, y la travesía para allegarlos no reclamaba mucha fatiga, ni largo tiempo. Efectivamente, el camino de Soissons á Reims, de Reims á Verdun, de Verdun á Toul, no pasaba del ya traspuerto para correr de Schwarzenberg á Blücher. Fuera de esto, dos ó tres días más importaban poco, cuando el simple anuncio del movimiento proyectado arrastraría al enemigo de las inmediaciones de París hacia las fronteras, y libertaría á la capital de Francia. Así la guerra se podía acabar de un solo golpe, si la fortuna apoyaba la ejecución de este proyecto, porque ciertamente el príncipe de Schwarzenberg ya reducido por el destacamento enviado á Lyon á noventa mil hombres y retrocediendo acosado por los paisanos de nuestras provincias, no podía hacer cara á un ejército de cien mil hombres y mandado por el emperador en persona.

De consiguiente, Napoleón mandó al general Maison que no dejara dentro de Amberes más que trabajadores de marina, guardias nacionales, y en suma lo que se necesitaba para resistir á un enemigo que no pensaba en un ataque en regla, que hiciera otro tanto respecto de las demás plazas de Flandes, y que se aprestara á marchar sobre Mezières con todas las fuerzas que pudiera haber á la